

MIL VECES BUENAS NOCHES

Año: 2013

País: Noruega

Director: Erik Poppe

Reparto: Juliette Binoche, Nikolaj Coster-Waldau, Maria Doyle Kennedy, Larry Mullen Jr., Lauryn Canny, Adrianna Cramer Curtis.

Género: Drama. Fotografía. Periodismo

Dentro de la definición de periodismo (recoger y tratar la información) no hay cabida para la interpretación subjetiva, la tergiversación intencionada o la mendacidad. Sin embargo, el creciente impacto social de la telebasura y el sensacionalismo –ignominiosa derivación de tan respetable empleo– ha creado una serie de “profesionales” no cualificados que trabajan como mercenarios del morbo y la carroña. Si bien sus métodos son cuestionables, saltándose todos y cada uno de los preceptos reflejados en el código deontológico de la mencionada disciplina informativa, su rentabilidad es incontestable, pues sus programas se convierten invariablemente en los de mayor índice de audiencia en la tan discutible parrilla televisiva. Así pues, los expertos de la comunicación se han visto forzados a seguir esta clave del éxito, creando un conflicto ético que reside en el qué, cómo y cuánto enseñar, y cuánto de lo que se enseña es moralmente justificable. Este proceder, trasladado al fotoperiodismo de guerra, puede derivar en un interminable debate sobre la frivolidad de la muerte y el sufrimiento, así como su “glamurización” dentro del arte. Con *Mil veces buenas noches*, Erik Poppe quiere reabrir el debate de esa necesaria y explícita argumentación visual como prueba irrefutable de los abusos que sufren miles de personas en el tercer mundo y así, conseguir una ayuda tan indispensable como aparentemente inalcanzable.

La trama sigue a Rebecca (Juliette Binoche), una fotógrafa de zonas en conflicto que vive a caballo entre el horror, la muerte y la desolación que imperan en su lugar de trabajo, y el paraíso donde descansa durante un breve período de tiempo antes de volver a la campaña. Tras una experiencia traumática cercana a la muerte –un



atacado en Kabul–, la protagonista recibe un ultimátum de su perfecta familia para que escoja entre ellos o la guerra. Así es como la fotógrafa decide colgar la cámara y dedicarse enteramente a recuperar el cariño perdido tras una prolongada ausencia que ha sumido su matrimonio en una profunda crisis. Un acto de desobediencia –fotografiar el ataque de un grupo armado a un campo de refugiados en el sur de Sudán cuando estaba acompañando a su hija quien participaba en un proyecto de cooperación, incumpliendo así la promesa hecha a su marido de no implicarse en ningún conflicto en presencia de su hija– minará cualquier esfuerzo realizado y arrebatará de golpe toda la confianza recuperada, siendo expulsada de su familia y obligada a cubrirse con un velo la cabeza para enfrentarse, nuevamente, a su única realidad: fotografiar el horror de la guerra.

Como fondo de la trama se plantea esa delgada línea que separa la profesionalidad y la vocación, de la temeridad y la enajenación que se requiere para poder apretar el disparador cuando lo que se tiene frente al objetivo sea algo tan terrorífico como la muerte de miles de inocentes, mujeres, ancianos, niños, civiles, que se ven atrapados entre el hambre, la muerte, la desesperación y el olvido.